

Quibdó-Chocó, Colombia, diciembre 2020



Uniclaletiana  
Fundación Universitaria Claretiana



**7 RELATOS  
DE CUARENTENA  
2020**

**Una publicación de Uniclaretiana**  
Fundación Universitaria Claretiana

**RECTOR:** José Oscar Córdoba Lizcano, CMF

**EDITOR:** Julio César Uribe Hermocillo  
Director de la Escuela de Comunicación Alternativa de Uniclaretiana, ECA

**Equipo organizador del Concurso Relatos de Cuarentena:**

Janny Dominga Salas Álvarez  
Coordinadora de Bienestar Universitario

Natalie Montoya Montaña  
Coordinadora del Área de Comunicaciones

Julio César Uribe Hermocillo  
Director ECA-Uniclaretiana y Coordinador del Concurso

Diseño y diagramación:  
Yoanny Andrés Monsalve Escobar · Comunicaciones Uniclaretiana

Quibdó, Chocó – Colombia  
Escuela de Comunicación Alternativa, de Uniclaretiana  
Diciembre 2020

# CONTENIDO

**05** Presentación

**08** Los relatos

**09** El Tobano

**15** Desde un lugar donde el Covid no llega

**19** Cuarentena o júbilo...

**21** Violeta

**25** Relato de cuarentena

**27** El Covid-19 y nosotros

**31** Aprendiendo a desaprender en tiempos de Covid-19

**34** Autores y autoras



# PRESENTACIÓN

La declaratoria de emergencia sanitaria a causa de la pandemia de Covid-19 trajo consigo una serie de cambios en nuestra vida personal, social y laboral. El trabajo en casa, las cuarentenas obligatorias, las restricciones de circulación y transporte, las limitaciones en el uso de servicios y comercios de todo tipo, etc., modificaron nuestras formas de relacionarnos, de interactuar, de trabajar, de divertirnos, de hacer mercado, de descansar, de estudiar, etc.

Los seis meses de nuestras vidas transcurridos entre marzo y septiembre de 2020 son una de esas experiencias que nunca olvidaremos. Cuando todo esto pase definitivamente, siempre tendremos cosas que recordar, para bien o para mal. Las recordaremos y las contaremos.

Por ello, con el fin de promover la memoria personal e institucional acerca de la situación vivida en este periodo especial, Uniclaretiana organizó y promovió el concurso **Relatos de Cuarentena**, mediante un trabajo conjunto entre la Coordinación de Bienestar Universitario, el Área de Comunicaciones y la Escuela de Comunicación Alternativa, ECA, instancia esta cuyo director asumió la reglamentación, coordinación y secretaría técnica del concurso.

Se invitó a participar a los integrantes del equipo administrativo y docente de Uniclaretiana en todo el país, mediante la presentación de textos o escritos que tuvieran como tema central la vivencia de este periodo especial por parte de sus autores, en formato o género libre, con una extensión mínima de 1 página y no mayor de 3 páginas; a través de los cuales se relataran libremente sus vivencias, experiencias, aprendizajes, logros y dificultades, anécdotas, recuerdos y hechos relacionados con la cuarentena obligatoria y estricta de seis meses.

La premiación del concurso Relatos de Cuarentena se llevó a cabo el día 30 de octubre. El jurado estuvo integrado por José Agustín Monroy Palacio, CMF, Exrector de Uniclaretiana; Karen Shirley Lizcano Panesso, Licenciada en inglés y francés, Psicóloga, Magister en Educación; y Julio César Uribe Hermocillo, Comunicador Social y Escritor, Director de la Escuela de Comunicación Alternativa de Uniclaretiana. El Rector de Uniclaretiana agradeció su labor, desarrollada con profesionalismo e independencia.

El Jurado premió un trabajo en el primer puesto y declaró empate entre dos relatos en el segundo puesto. Y decidió que no solamente estos tres trabajos fueran publicados, sino también los otros cuatro finalistas. De este modo, la presente publicación, titulada **7 Relatos de Cuarentena**, contiene los siguientes trabajos, ordenados conforme a la calificación que recibieron del Jurado:

Nº	TÍTULO	AUTOR(A)	CIUDAD
1	El Tobano	Efraín Arturo Ferrer de la Torre	Medellín
2	Desde un lugar donde el Covid no llega	Milton Patiño Ocampo	Barranquilla
3	Cuarentena o júbilo...	Ángela María Chica Bedoya	Medellín
4	Violeta	Sandra Isabel Vega Knuth	Quibdó
5	Relato de cuarentena	Marjorie Andrea Muñoz Delgado	Cali
6	El Covid-19 y nosotros	Carlos Andrés Flórez Rojas	Quibdó
7	Aprendiendo a desapronder en tiempos de Covid-19	Marcela Miladys Mejía Espinosa	Medellín

El Jurado recomendó a Uniclaretiana darle continuidad al concurso, incluyendo alianzas con otras universidades en las regiones, para su realización; e invitó a la comunidad universitaria de Uniclaretiana a valorar cada vez más este tipo de iniciativas institucionales, contribuyendo a ellas con su participación y promoción.

Aquí están, pues, a su disposición y para su lectura, estos 7 Relatos de Cuarentena, como parte de la memoria de un periodo que jamás olvidaremos.





# Los Relatos

# El Tobano

Efraín Arturo Ferrer de la Torre<sup>1</sup>

Las fachadas vecinas me recordaron una antigua estirpe rica y textilera venida a menos que vivió en este barrio Boston, esta especie de teatro antiguo y sin espectadores que sigue oliendo a orines nocturnos, a chorizo con arepas y a pino seco. Desde el balcón de mi apartamento viejo y cómodo, exploré la calle que seguía callada aún a las diez de la mañana. Los carros y su esmog se habían silenciado hacía semanas. En sus andenes un compatriota se desperezaba envuelto en una colorida bandera rota de soledad y de adicción. Desde sus cables de luz, tres tórtolas y un azulejo buscaban sin éxito migajas de pan o de alpiste en sus aceras, patios internos y antejardines somnolientos.

Mi desinhibido escaneo se detuvo en la única casa sin pintar de la cuadra, cuyo antiguo dueño, el señor Martín de los Reyes, rejuveneció en 1953 con motivo del velorio de su padre Don Alberto Jesurún, un comerciante de origen libanés alto y flaco como una guadua, quien la había mandado a construir. La asfixia de la ciudad había convertido su viejo color blanco en un gris sucio de hollín. Una editorial cercana abría cada dos meses sus puertas de color marrón impasible, para sacar papel de impresión. Su extinto jardín había sido reemplazado por cemento, ahora resquebrajado y cubierto por una fina capa de moho verde, de ese que prolifera con las lluvias de septiembre. En su frente, un *casco 'e vaca* tan alto como el edificio de la otra acera en diagonal seguía dolorosamente erguido, seco y viejo como el hombre que lo sembró el día que inauguró su casa. A su sombra, una arrugada tienda de campaña verde y mostaza, raída y a medio

---

<sup>1</sup> Coordinador del Sistema Editorial de Uniclaretiana. Medellín.

armar, se pegaba de sus ramas con tiras de bolsas plásticas; en el lado menos sucio, una marca casi ilegible aún garantizaba que se trataba de un producto ligero y ultralight.

Sin aviso, de su interior salió bostezando un muchacho con los brazos en alto. Desde un rostro envejecido por sus desvelos acumulados, o como resultado del sinsentido de sus días, parecía cantar, o gritar, como imitando una escena de Hitchcock. De su mano derecha colgaba una bolsa plástica blanca con las letras rojas D1, en la que había defecado recientemente y que dejó sin prisa en una de las canecas que la Administración Municipal dispone estratégicamente para estas cotidianidades de la humanidad. Su otra mano, empuñada como si se le fuera a escapar algo, se aferraba a un tapabocas más sucio que él; el elástico roto le recordó todas sus soledades juntas: la de su calle 56 con la 40 y la de su propia vida, esa existencial y que recuperaba cada vez que se le pasaba el último mareo del *cripudo* de marihuana.

El Tobano, como se dejaba llamar por los vecinos, se colgó en una de sus orejas el pedazo de tela antifluido, mientras se la aseguraba a la otra con un nuevo nudo. Mirando hacia la Avenida Oriental, recordó cómo tuvo que huir de aquella zona gris y conservadora a la derecha de la catedral. Un azulejo lo trajo de nuevo a su realidad. Sus tripas, ya acostumbradas al hambre injusta, crujió, y fue hasta Pan Caliente en la esquina a pedir sobras como siempre. Pero tampoco hoy abrieron, las ventas seguían escaseando y los domicilios estaban en auge; negocios tan pequeños sucumbían incluso en este país de expertos en estrategias de supervivencia.

Su segunda opción fue ir a casa de Doña Esther, quien vive con sus tres hermanas y su sobrino David, también soltero y también gay. Su flaca pierna, ayudada por la muleta de aluminio, le llevó despacio hasta la casa 40-73. Al terminar de hundir por tercera vez el viejo timbre, se asomó Jesusita, la menor de las viejas; después de un saludo fugaz y de hacer una mueca casi imperceptible, como reacción al fuerte olor a calle de El Tobano, le dijo: “ya vuelvo”, cerrando la ventanita de su altísima puerta de madera y perdiéndose en esa inmensidad. La ansiedad en él

era peor ahora. Jesusita volvió rápido con un cruasán y un pedazo de quesito envueltos en una bolsa de papel. En el piso le dejó con cariño un vaso desechable de café con leche que había sobrado del puntual desayuno familiar de las 7 de la mañana.

Con un “gracias” se dirigió pausadamente a su iglú de plástico, se destapó boca y nariz y devoró todo de una vez, pensando en lo que debería hacer para comer algo más antes de que cayera la tarde y volviera a llover. Tiró Las migas de la bolsa a cuatro tórtolas que siempre estaban cerca. Una señora, la única a la vista en toda la Calle Bolivia pasó desinhibida y despacio... Ni siquiera lo miró; pero, El Tobano fijó su único ojo en ese tremendo trasero y sintió que aún quedaba algo de vida y de deseo entre sus dos piernas. Sin cepillarse, sin afeitarse y con ganas...se volvió a dormir. Eran las 11 de la mañana.

Tal vez porque el pan estaba más bien viejo o por el sopor del sol calentando la sucia silicona a través de las hendijas entre las ramas, logró un sueño extrañamente profundo, y esto era algo inusual en él. Inesperadamente, se vio en una pantalla, pero no de televisión, sino de computador, que en su esquina superior izquierda tenía una Ye roja. Faltaban veinte segundos para que él iniciara un discurso que escucharían sesenta y cinco millones de ansiosas personas; el *teleprónter* le vomitó esta pregunta: ¿por qué cuidarse en esta pandemia cuando lo has perdido todo?

Cuatro, tres, dos, uno.....ON LINE. Una presentadora egresada de la Universidad de Antioquia, nacida y criada en Tutunendo, casi cantando, dijo con labios hermosos y sin bótox:

—Estamos emitiendo en línea y esta noche recibimos al habitante de calle David Alberto, más conocido por todos como El Tobano... Cuéntanos, David, ¿cómo has vivido estos meses de restricciones?

David, descalzo, afeitado, y vestido con pantalón de lino y una camisa nueva azul como los pájaros de su cuadra, se arrellanó en su silla de invitado comprada en Artemueble. Antes de responder, recordó a su mamá... Nada en especial... simplemente la recordó. Luego dijo:

—Pues, la verdad, Mayra, ha sido el semestre más raro de toda mi vida. Sin los carros circulando, ahora disfruto el reflejo de las luces sobre el asfalto húmedo de mi cuadra. Hace dos semanas me despertó el olor sedante de un arbolito que dio guayabas. An-tenoche, mientras miraba al cielo por un hueco que el tiempo le abrió a mi casa, oí hablar desde el Edificio Bolivia a los dos hijos de mi vecina Diana: la niña cantaba una canción de Maluma y el niño, ya adolescente, le recordaba que esa letra no comunicaba nada. Todo esto gracias al silencio impuesto por esta pandemia.

—Qué interesante -respondió Mayra- y, podrías decirnos, ¿por qué para ti es necesario usar el tapabocas?

Con un cambio de postura en la silla diseñada por Fabio Hoyos, David carraspeó y guardó un silencio que terminó de maravillar a la millonaria audiencia que según el contador rojo iba en franco crecimiento.

—Bien, mi tapabocas no es mío; alguien lo dejó caer de un taxi de los amarillos, hace como un mes. Antes usaba una camiseta que reciclé del carro de la basura un martes. Este es mejor y lo uso todo el tiempo. En febrero vi en el televisor de Pan Caliente cómo en Perú se morían por millares; los noticieros gritaban que los hospitales no daban abasto en Argentina y que acá en Colombia la cosa pintaba peor porque, como sabes, todos los recursos para nuestro sistema de salud se los roban los de siempre. Pero esto último lo digo yo.

—Y entonces ¿por qué para ti es necesario usar este tapabocas que estás reutilizando? Cuéntanos...

David, alias El Tobano, ahora guardó un silencio más profundo e inquietante...

—Muchas de las idioteces que a veces pensamos, las escuchamos y repetimos tanto, que terminan por convertirsenos en verdades absolutas. Sé que mis vecinos se molestan ¡y mucho! cuando ven cómo les afea su cuadra ese parche verde y mostaza que tengo por casa; su piel sucia de indignancia les recuerda lo cerca que están de la pobreza. En la panadería, mientras

me hago el güevón delante de los clientes para que me vean y me tiren una liga o un pedazo de pastel, los he oído decir que llamarán a Espacio Público para que me lleven a un centro de atención. Otros hasta han pensado en quemarme mi casa para que me vaya. Pero, Espacio Público apenas pasa por acá una vez cada dos meses; y yo no tengo pensado recluirme en un Centro-Día, porque se parecería mucho a la casa de mi abuela. Prenderle candela a este plástico viejo y roto sería una solución grotesca que caducaría a la media hora. Salvaguardo mi salud con este tapabocas y me aferro a mi todo, que es vivir en esta acera. Ella me ha brindado esta fortuna de tener experiencias únicas con los vecinos. Gozo mi vida libremente, porque no me obligo a trabajar para nadie; y tampoco tengo que soportar -en todos los sentidos de esta palabra- una familia. Cuando vives así, tan desprevenidamente, te olvidas de rendir culto a las modas o a lo superfluo del dinero.

Cuando terminó de hablar, El Tobano vio apagarse el teleprónter y, mirando a los ojos café oscuro de la presentadora Mayra Alejandra, quiso proseguir; pero ya no pudo. La Ye roja de millones de monitores se azuló y el estruendo ensordecedor de una moto de policía lo despertó, dejando una estela de veneno a su paso. Despabilado, sentado sobre un cartón que anunciaba una marca de lavadora, sintió cómo se colaba hasta sus nalgas el frío de la hierba. Prendió un criputo que tenía desde la noche anterior y, mirando al balcón del tercer piso del 46-17 de la calle Bolivia, me miró con su único ojo y me dijo mentalmente:

—Yo uso este tapabocas porque, contrario a lo que piensas, si vivo en la calle no es porque no le encuentre sentido a mi vida, o porque yo no sepa afrontar mis demonios. Quiero existir y por eso me cuido. En esta pandemia he evitado acercarme a ti y a los otros y me he cuidado porque quiero mi vida y a esta calle que también es mía. Disfruto los olores que me recuerdan mi fabulosa niñez, agradezco el pan viejo que me regalan en las noches y tengo fuerzas aún para ganarme una moneda trapeando el frente de la entrada del minimercado.

Al terminar este pensamiento, cayó en cuenta que era aún de día. Volvió a mirar a mi balcón, pero yo ya no estaba allí. Su pantalón blanco seguía impermeable al lodo que se colaba por entre el plástico y el cartón. Pegada a la fachada de esa casa clara con zócalos de marrón perene una vieja puerta fue abierta despacio por la delicada mano de Don Alberto.



# Desde un lugar donde el Covid no llega

Milton Patiño Ocampo<sup>2</sup>

I

El señor Peyo, sin saber qué significa el Covid-19, se encuentra en la Unidad de Cuidados Intensivos de la clínica ubicada en la ciudad capital más cercana. La embestida de una vaca recién parida le atravesó su región abdominal a la altura de las falsas costillas y este lamentable accidente ocurre en pleno pico de la pandemia.

Durante un tiempo, que parecía una eternidad, fue llevado en hamaca y luego su vecino, el señor Lara, se ofreció con la vieja camioneta Toyota para llevarlo al centro asistencial.

Hoy solo se recuerdan una a una las historias del viejo Peyo, quien a los ochenta y seis años narraba con lucidez la leyenda de sus ancestros españoles en la región y de allí su nariz fileña y ojos azules. Cada día y antes de oscurecer, lo tenía al lado del fogón de leña para escuchar uno a uno sus relatos; basta decir que, a su avanzada edad, vivía solo y administraba seis cabezas de ganado, ordeñaba y marchaba cada día durante media hora para llevar los veinte litros de leche al centro de acopio.

---

<sup>2</sup> Docente de Cátedra en Uniclaretiana. Barranquilla.

De él aprendí la historia del árbol “Malambo”, de cuya corteza se hace una infusión para los desarreglos estomacales; así como de los tiempos de lluvia y sequía para los cultivos. Aprendí que no se debe cortar madera en luna nueva ni hacer trasplantes en luna llena. Me regaló semillas de ajonjolí, que ya están en flor.

Cada mañana, mientras ordeñaba, metía un largo grito para que yo pasara por un poco de leche:

—¡¡¡Oeeeeee!!!! Kamil, pase por una lágrima de leche...  
¡¡¡oeeeeee!!! –gritaba.

## II

Con un suspiro debo abandonar mi permanencia en el campo para atender un curso de educación a distancia dirigido a un grupo de estudiantes de educación superior durante un mes. Aprovecho para volver a las noticias de la pandemia y me puse a jugar con la cifra de un millón de muertos a escala mundial y tratar de saber a qué porcentaje de la humanidad equivale, repasar esa bendita regla de tres: siete mil millones de habitantes es al cien por ciento como un millón de habitantes (muertos) es a equis; la respuesta: 0,014 por ciento de la población mundial, aproximadamente, ha muerto a causa del Covid-19. Definitivamente, los medios de comunicación masiva convierten en espectáculo las noticias de la muerte y quedan en deuda con la relación global de pérdidas humanas, entre esta y otras pestes.

Abandoné la costumbre de ver en TV y redes sociales a mandatarios que acomodan las cifras a sus intereses y pasé de la lectura de “La sopa de Wuhan”, escrita por varios autores al comienzo de la pandemia, a leer a Leonardo Boff cuando afirma que volver a la normalidad es autocondenarse. Comparto con él que inauguraremos una civilización biocentrada, cuidadosa y amiga de la vida: “la tierra de la buena esperanza”, como dicen algunos.

De otro lado aparece Yuval Noah Harari (autor de Sapiens: de animales a Dioses), quien aborda la disyuntiva de la tecnología

que se ha desarrollado para combatir la epidemia del Covid y cómo podría llevar a “el mejor sistema de salud de la historia”, con la biotecnología; pero, también podría abrir la puerta a una nueva era de vigilancia intrusiva y opresiva.

III

Ha pasado el tiempo de formación en línea a los estudiantes y estoy de regreso al campo. Camino al rancho con nostalgia de imaginar al viejo Peyo en una Unidad de Cuidados Intensivos y algún inescrupuloso médico haciéndolo pasar por las cifras de muertos por el virus. Son las seis y treinta de la mañana y me paro frente al rancho del viejo y de repente un grito:

— ¡¡¡Oeeeeee!!!! Kamil, ¿regresaste?

— Regresaste tú, mi viejo, ¡¡¡venga un abrazo!!!

— Cuidado que tengo una platina en las costillas; pero, estoy aquí de nuevo. Llévase la lágrima de leche.

Sobrevivió el Peyito Castellanos, véanlo aquí en la foto. No quiere mostrar la cara, ni sabe que su roce con la muerte por poco es adjudicado a las cifras de un virus.





# Cuarentena o júbilo...

**Ángela María Chica Bedoya<sup>3</sup>**

En época de cuidados por cuarentena y demás, una mujer llamada Lagela es llevada a un mundo mágico, tras haber cumplido su etapa laboral. Según ella, le tocó doble retiro, por pandemia y jubilación. ¡Cosas de Dios!

¡Qué raro! -pensaba Lagela. Todos corren, murmuran, reniegan y lloran dizque por la situación. En cambio, ella tenía una corazonada: que el mundo donde la llevaban sería el mejor. Un mundo donde los objetos, los libros, la música, el cine y la buena mesa danzaban, recreando los momentos, retomando los recuerdos, y así juntos, armónicamente, la belleza exaltaban. Allí, pensaba Lagela, se dedicaría a seguir cuidando, mimando y disfrutando lo que bien sabía hacer. Lo haría desde esa casa adonde era aislada por creer que su pila se agotaba, que su cuerda ya se reventaba. Ella sabía que todo aquello fortalecería su gusto de amar y de existir.

¡Fue una llegada magistral! El saxofón sonaba, las dulzainas al sonar silbaban, las cuerdas templadas de la guitarra de tanta emoción se reventaban, seguro Lagela las curaba. Salían de los cuadros enmarcados esbeltas figuras pintadas, lúcidas, felices:

---

<sup>3</sup> Co-Fundadora y Co-Directora de la Casa Museo Luis Alberto Álvarez. Medellín. Bibliotecóloga de Uniclaretiana hasta mayo de 2020, cuando se pensionó.

Greta Garbo, Pola Negri. Hasta una bella soprano paralizaba las veladas: era la espléndida griega María Callas, quien sorprendía con su aparición. “La Divina” la llamaban, por su extraordinaria voz, su actuación en la pantalla y su irresistible don. ¡Qué dones maravillosos, frutos de la creación!

Mientras tanto, en un sofá, Orson Welles, Alfred Hitchcock y Paul Bardwell disfrutaban y comentaban las “Páginas de Cine” que tanto les agradaban, que eran las críticas de cine que Luis Alberto sabiamente daba. Él a su vez en otra ala de la Casa Museo se deleitaba, tarareaba y al gato de la casa acariciaba. Junto a él uno de sus ídolos, el destacado Mozart. Todos estaban realmente fascinados frente a tan variado y acogedor espectáculo: ¡todo un homenaje a las Bellas Artes! Hasta Claret admiraba. En el carrito del proyector de cine 250S-E de 16 mm rodaba “El Chico”, del genial Charles Chaplin. Y, en una de las salas, las teclas de las máquinas sonaban, prevaleciendo el sonido de la “Royal”, que su vejez resaltaba. Las hojas de los libros ventilaban y de ellos las letras ya volaban. El cristal de Baccarat realzaba la antigua vajilla de las monjas, del año MDCC, que regalaban a personas tan queridas y apreciadas. En ella exquisitos bocados se exhibieron, cual manjares en espera de todo el que degustar quisiera y hasta un brindis especial ofreciera.

Era la velada más bella que Lagela ambicionaba. Y, lo mejor, ¡no era un sueño! La realidad la abrazaba. Mientras tanto, otro mundo afuera se apagaba...



# Violeta

Sandra Isabel Vega Knuth<sup>4</sup>

Violeta, una chica de tez morena, cabello afro frondoso de color rojo, por diversas razones se encuentra en Bogotá y de repente escucha en la radio de un taxi...

—Se confirma el primer caso de Covid 19 en Colombia.

Para su fortuna, al día siguiente regresaría a Quibdó, un rincón del Pacífico colombiano que ha sido marginado y olvidado por el Estado. Quizá, así como todo tarda en llegar allá, lo mismo podría pasar con el Covid.

Al llegar a Quibdó, Violeta toma todas las medidas necesarias, no sólo por ella, sino también por Kael, su pequeño hijo, un hermoso niño moreno, de cabello rizado y de ojos grandes.

Inevitablemente, llega el Covid a Quibdó, un territorio con una cultura muy marcada, y este es uno de los aspectos que mayormente se ve golpeado con esta pandemia. Ya no se podría despedir a los muertos con todos los ritos mortuorios necesarios para que su alma descanse en paz. No se podría cantar un alabao, bailar al son de una tambora o bundear “al lado del bafle”.

Mientras Violeta podía trabajar desde casa, cientos de quibdoseños se veían obligados a salir a las calles, a rebuscarse la comida del día, a enfrentarse al “Corona-plomo”, como peculiarmente han bautizado a la pandemia, pues las calles se aterrorizan más ante la violencia que ante el virus.

---

<sup>4</sup> Coordinadora Centro Cultural MAMA-Ú, Uniclaretiana. Quibdó.

Bueno, en esos *ires y venires* de la vida, el Coronavirus tocó las puertas de la familia de Violeta. Su padre, un hombre de 59 años que sufre de hipertensión arterial y que vive solo en un apartamento en el primer piso de Violeta, empezó con dolor en la espalda y poco a poco su salud se fue deteriorando. Por su cercanía, Violeta debía estar pendiente de su papá, quien, como muchos adultos, era renuente a hacerse la prueba del Covid.

Violeta, por cuenta propia, empezó hacer las diligencias necesarias con la EPS para solicitar la prueba. Ante la demora, se vio obligada a proponerle a su papá que se hiciera la prueba de manera particular.

—Papá, así como usted está, es mejor que se haga la prueba del Covid. Así podemos descartar y darle el tratamiento adecuado.

—Tiza (como de cariño le dice a Violeta), yo no tengo eso.

—Papá, *hombee*, no sea necio.

—¿Y eso cuánto vale?

—Yo llamé a la EPS suya y eso allá es una demoradera. Entonces es mejor hacerla particular, que vale \$320.000.

—Jummm ¡yo no tengo plata para eso!

—Caramba, papá, para la salud siempre hay. ¿Y la plata que yo le tengo guardada?

—Eso es para la matrícula de Carmenza (su hija que estudia Derecho en la ciudad de Medellín).

—Ahhhh, ¿y si usted se muere quién le va a pagar la matrícula a ella?

Después de esa larga discusión, el papá de Violeta accedió a hacerse la prueba de Covid, que pocos días después salió positiva.

Violeta debía estar pendiente de la comida de su papá y de que se tomara los medicamentos. Y, por supuesto, los remedios

caseros no podían faltar. Pero, también, tenía que continuar con su trabajo y sus quehaceres en la casa.

La situación la llevó a dejar a su hijo donde su mamá. Claro, no podía tenerlo en la casa, pues estaba expuesta constantemente a ser contagiada al tener contacto con su padre, por más que tomara medidas extremas de bioseguridad. Y aquí empezó la verdadera angustia para Violeta. Fueron 20 días alejada de su hijo, de tener que verlo por una ventana. Su corazón se partía cada vez que lo veía y no lo podía cargar, abrazar ni besar. Llegó un momento en el que no sabía qué era mejor, si pasar varios días sin verlo o verlo desde lejos sin poder tenerlo en sus brazos.

Todo esto fue tan de repente, tan angustiante. Violeta nunca valoró tanto su trabajo como en ese momento, pues en medio de todas las arideces era su aliciente. Nunca valoró tanto el amor de su madre como en esos días. Nunca valoró cada instante como en esos tiempos.

Los días de Violeta eran un constante flashback. Días y noches llenos de remembranzas, de añoranzas que la llevaron a estar sumida en una crisis existencial; que la llevaban a preguntarse cómo estaba llevando su vida, si estaba contenta con lo vivido hasta ese momento. Llegó a imaginarse la vida sin su padre, e incluso sin su hijo.

Sus mejillas escucharon en silencio, cada noche, los gritos de sus ojos y la angustia de su alma. La almohada fue cómplice del dolor y la incertidumbre. Y las cobijas arrojaron sus penas y sus dolores. Pero, al día siguiente debía levantarse, lavar su cara y hacer como si nada hubiera pasado en la noche, manteniendo su apariencia de mujer fuerte a quien nada la doblega.

Afortunadamente, el papá de Violeta no tuvo que ser internado en un hospital; sin embargo, su salud estuvo pendiendo de un hilo, con la sangre coagulada a punto de una trombosis o hasta de un infarto. Este fue un momento para que don Plutarco pudiera darse cuenta con qué personas podía contar realmente, quiénes estuvieron a su alrededor y quiénes definitivamente eran un adorno más de su vida.

Una vez terminado el tratamiento, don Plutarco había ganado la batalla. Y Violeta descansó cuando supo que el resultado de su prueba dio negativo. La felicidad invadía su ser. Después de veinte largos días iba a poder abrazar a su pequeño niño.

Su encuentro fue un momento sublime. Kael corrió a los brazos de su madre, demostrándole cuánto la amaba y, aún más, cuánto la extrañaba. Por fin, Violeta sintió lo que es tener entre brazos el amor verdadero. Y pudieron darse el abrazo de un amor sempiterno.

Este periodo le enseñó a Violeta que muere lentamente quien no ama, quien no lee, quien no baila, quien no viaja. Muere lentamente quien no entrega su amor sin condiciones ni límites, quien no es capaz de poner los gritos de su corazón por encima de todo y de todos. Muere lentamente quien no posa su espíritu de rama en rama, quien reprime su ser sin dejarlo ser libre y aventurero. Muere lentamente quien no disfruta los pequeños detalles y pequeñas cosas... Muere lentamente quien no disfruta la vida a plenitud.



# Relato de cuarentena

**Marjorie Andrea Muñoz Delgado<sup>5</sup>**

Desde mi ventana, así veo la vida pasar en estos letargos de tiempo infinito en los vivimos a través de nuestras urnas de cristal. Cómo juzgar a este enemigo diminuto, si aún no sabemos si sólo está retardando la destrucción a la que estamos sentenciados por nuestro desinterés por la vida, cómo desconocer que nuestro encierro genera libertad y que encerrados liberamos también nuestros miedos, nuestra esencia, que no es capaz de quedarse encerrada en una casa. Es inevitable tratar de eludir la incertidumbre; pero es inútil no hacerlo. No podemos ignorar este momento colectivo increíble que estamos viviendo, los millones de datos ocultos que genera este virus, este pequeño ser, que nos tiene encerrados, que encerró al ser humano y liberó un poco a la naturaleza.

No creo en las coincidencias ni en la suerte, creo en la causa y efecto. Esto es algo que nos está marcando en lo más profundo de nuestro ser. Sólo pasados los meses o los años podremos entender de qué se trata este mundo. Como en un juego de Mario Bros., sólo después del estrés de pasar los obstáculos comprendemos cuál era el truco, cuál era el aprendizaje; y creo profundamente que de eso se trata, de conocer nuestra existencia, nuestra humanidad. Hemos corrido tan desenfrenadamente detrás del éxito, tratando de demostrar que no somos mediocres, que creemos que la vida nos califica, así como nos calificaban en el colegio, y eso nos genera tanta angustia, tanto afán de demostrar, que olvidamos el valor de cada día, de cada error, de cada acierto, de amarnos y de amar a Dios.

---

<sup>5</sup> Asistente de Registro y Cartera de Uniclaretiana. Cali.

Dudo que las lecciones que nos da el Covid hoy lleguen a todos y dudo que esta advertencia haga efecto, porque quienes viven en pro del ego se alimentan de empleados que viven en pro de la supervivencia. Dudo, pero puede ser que este emisario logre hacernos entrar en razón, tocar fondo, dejar de sentir esa angustia, esa angustia que se siente cuando abusamos de ella, la escrituramos y la esclavizamos. Dudo, pero puede ser que, después de dejarnos tocar el alma, despertemos pensando que nada, absolutamente nada, puede volver a la normalidad; es una oportunidad para revalorar nuestras formas de comunicación, de convivencia y de colaboración, la oportunidad para aprender a vivir y aprender a amar en tiempos de coronavirus.

Hay una etapa de nuestras vidas en la queremos que el tiempo pase de prisa, que se cumplan nuestros sueños, que se cumplan nuestras metas; incluso buscamos la forma de adelantarlo o al menos de cómo adelantarnos nosotros al tiempo, porque ansiamos la libertad, libertad para hacer, para tener, para opinar, para experimentar y para amar, para compartir con nuestras familias, amigos y compañeros de trabajo.

En un principio tomé el confinamiento como un reto, espacio y tiempo para mí, mis hijas, mi hogar, mi trabajo. Pensé que el tiempo que perdía en el transporte, en maquillarme, etc., lo iba a utilizar para leer los libros empolvados que aún reposan en mi biblioteca, ver las películas que no pude ver, dormir, descansar; sin embargo, el tiempo pasa y el trabajo en casa se vuelve 24/7. Entre el trabajo, el colegio de mi hija, los quehaceres, el tiempo va, ya no diferencio si es lunes o domingo. Las noticias nefastas de lo que acontece en el mundo me deprimen. Personas cercanas se contagian, algunas fallecen. Gente con hambre pasa pidiendo algo para comer. Hay negocios cerrados. Personas cercanas se quedan sin trabajo, con la esperanza de que todo pase pronto, sin saber que este es solo el principio de lo que nos espera, porque para nadie es un secreto que todos estamos expuestos a ese enemigo diminuto llamado Covid-19.

# El Covid-19 y nosotros

**Carlos Andrés Flórez Rojas<sup>6</sup>**

En la mañana del 19 de marzo, la universidad donde trabaja envió un comunicado a todos los estudiantes y trabajadores, notificando que a partir de ese momento se iban a cerrar sus puertas por motivos de seguridad sanitaria, puesto que se había activado una alarma por la llegada de un virus desconocido y difícil de controlar. Las personas de todos los rincones de este país donde se alberga el sagrado corazón de Jesús no pudieron evitar pensar que este tipo de fenómenos, a diferencia del Estado colombiano, no se olvidan de aquellos departamentos tan lejanos como el Chocó. Él, inmediatamente, sospechó que sus taitas iban a hacer lo posible para que se devolviera al altiplano. Pero, no fue así. En cambio, ella le propuso pasar una semana en su casa, mientras la situación mejoraba.

Al día siguiente, él abrió los ojos a las 7 de la mañana, sin saber que el concepto de semana sería tan incierto como cuando habló con sus taitas sobre su regreso no muy lejano al altiplano. Cuando terminó de empacar la maleta con 3 camisas de trabajo, una de Millonarios, 4 pantalonetas y unas chanclas, comió su cereal, le instaló una botella de 3 litros con agua a su planta casi moribunda, con la esperanza de que podría sobrevivir; quitó el papel del calendario con los emblemas de cigarrillo Pielroja sin filtro y apagó la última luz de su apartamento. Tampoco sabía que el tiempo -en ese espacio- se iba congelar indefinidamente. Por último, le avisó a ella que pronto llegaría a su casa.

---

<sup>6</sup> Docente de Uniclairetiana. Quibdó.

En una *rapimoto* llegó a la casa de ella, tocó la puerta y ella le abrió. Después de haber intercambiado una sonrisa, los dos entraron. Cuando cerraron la puerta, varios afectos, dificultades (daños en las herramientas de trabajo) e incertidumbres (fundadas en la angustia generada por los medios de comunicación, que terminó viralizándose como el Covid-19) también entrarían a este hogar tomados de la mano y a la larga terminarían incorporándose a su cotidianidad.

Cuando llegaron a la cocina, él saludo al papá y a la mamá de ella, quienes también lo recibieron con una sonrisa y le dieron la bienvenida. En ese momento, él comenzó a sentir que el calor de esa familia y el cariño de ella comenzaban a ser un tesoro tan valioso como el amor de sus taitas.

Los dos, junto con el papá, la mamá y los taitas -desde la distancia geográfica- empezaron a intercambiar experiencias y conocimientos para soportar las desavenencias colectivas que habían surgido en las diferentes ciudades sobre la credibilidad y legitimidad del virus, una realidad que inevitablemente tendría que llegar a Quibdó. Cuando se dio el primer extra en los noticieros sobre el primer caso de Covid-19 en el altiplano, él entró en angustia por sus taitas y más aún cuando la cifra de contagiados iba aumentando exponencialmente y las personas empezaron a actuar con pánico, desocupando las estanterías de papel higiénico, alcohol antiséptico y tapabocas, en las tiendas y mercados; como si fuesen a preparar unos óleos desinfectantes para ocasionar muerte del virus y luego momificarlo con vendas acolchonadas. En esos días, mientras hablaba con sus taitas por teléfono, él trataba de disimular su intranquilidad y ella trataba de tranquilizarlo con una chanza cariñosa para disipar esa sensación que él sentía cuando finalizaba la llamada.

Días después, mientras llovía en una tarde de domingo, él y ella trataban de ver una película, en medio de las intermitencias del internet. De pronto, el firmamento se iluminó, como en el instante previo a la llegada de un trueno, y cayó un rayo que anunciaba la llegada del Covid-19 a Quibdó. En ese microinstante, los dos quedaron paralizados, como si el rayo de esa noticia hubiese

viajado desde el celular, traspasado las manos y los brazos, para terminar ubicándose en sus respectivos corazones, llevándolos a pensar en sus seres queridos. El impacto fue tan extraño que revolvió un montón de sensaciones contradictorias, las cuales nunca se hubieran experimentado en un escenario “normal”. El temor estaba a la orden del día.

Como una semilla germinada, la incertidumbre crecía a medida que el virus se iba expandiendo en todas partes. Los papás, los taitas, ella y él, como tantas personas más, se aferraban a la esperanza de permanecer fuertes. Atrincherados en los hogares, todos habíamos preparado los umbrales de las casas con la esperanza de no dejar pasar el virus, como lo habíamos hecho con el miedo y la incertidumbre. En este punto las puertas de las casas comenzaron a ser fundamentales para esta parte de la historia de todos. Empezar a darle importancia a algo tan habitual como es la puerta de las casas hizo que el miedo al virus fuera más manejable y se transformara en respeto a un fenómeno natural; aunque, durante esa metamorfosis, el virus había comenzado a habitar en los hogares de muchos familiares, allegados, amigos y contradictores, de modo benevolente en algunos casos y en otros tomando de la mano a las personas y llevándolas a un lugar donde no existiera el dolor.

En este escenario, él y ella habían entendido que el virus ya comenzaba a ser parte de sus respectivas cotidianidades y por eso era importante cuidar la salud, una lección que se aún se mantiene vigente. Pero, había otra situación que dificultaba alcanzar una tranquilidad plena y era la situación de la seguridad en todas partes, tanto en el altiplano como en este rincón del Atrato. Los casos de robo, asesinatos y, peor aún, negligencia de un sistema que juró alguna vez protegerlos aumentaban con mayor velocidad que el virus, como si se asumiera que al virus le interesaba llevarse vidas solo porque sí. Lo peor es que quien lo mostraba así eran los mismos gobernantes, que se preocuparon más por disminuir los niveles de contagio que por proteger a las personas. Esto los preocupó aún más, y a diferencia del miedo hacia el virus, no se transformó en respeto, sino en resignación, rabia e impotencia.

Durante esos días, ella y él optaron por mitigar los efectos de tales acontecimientos por salud mental y empezaron a cambiar de ambientes, como para hacer más llevaderas esas situaciones; naturalmente, siguiendo los protocolos de bioseguridad para evitar un contagio. Así que, mientras salían a comprar alimentos para la semana, pasaban por el malecón para reencontrarse con el majestuoso río Atrato, al que se le notaba un cambio de semblante producto del descanso. Este cambio les proporcionó un poco de tranquilidad, sosiego y alegría por la situación que estaba pasando el río. Luego, un 20 de julio llegaron al apartamento, pero en ese lugar se había detenido el tiempo, puesto que el calendario aún seguía anunciando el 20 de marzo.

El retorno a ese espacio produjo un montón de sensaciones en él y, aún más, cuando vio que su moribunda planta -al igual que el Atrato- había tomado un segundo respiro, una segunda oportunidad y había alcanzado un verde tan resplandeciente que se reflejó en la sonrisa de él y de ella. En ese momento, él, ella, el río, el apartamento y la planta se dieron cuenta que la tranquilidad no está en la esperanza, sino en los reencuentros con las fuentes que han dejado una huella imborrable.

Meses más tarde, en septiembre, cuando los encuentros con el Atrato, el apartamento y la planta eran más frecuentes, los corazones de ella y de él comenzaron a llenarse poco a poco de tranquilidad, que podían usar para contrarrestar los problemas creados por el hombre y sus sistemas inventados. Aunque la situación aún les generaba preocupación, trataban de sobrellevarla.

En ese entonces, él se acercaba a un año más de vida y se sentía un poco decaído por no poder ir al altiplano. Cuando llegó aquel día que anunciaba su llegada a este mundo, ella, su mamá y su papá lo despertaron con una serenata, una sorpresa que le permitió iniciar el día con alegría. Luego, habló con sus taitas y poco a poco se fue llenando de motivos para seguir adelante. Después, almorzó con ella, el papá y la mamá, rodeado de bombas y alegría. Ya en la noche, luego de un día duro en el trabajo, ella lo llamó a una habitación de la casa y le dio la sorpresa de que, junto con los taitas, reunieron a varias personas especiales para él. En ese momento él entendió que, junto a sus taitas, ella, el papá, la mamá, amigos, hermanos, no eran un ellos, sino un nosotros.

# Aprendiendo a desaprender en tiempos de Covid-19

**Marcela Miladys Mejía Espinosa<sup>7</sup>**

Si alguien me hubiera contado unos años atrás que de un momento a otro la forma de relacionarnos laboral y personalmente cambiaría tan drásticamente, quizás no lo hubiera creído; sin embargo, acá estamos seis meses después, aprendiendo a desaprender, descubriendo y reafirmando que las verdaderas relaciones van más allá de lo físico y que, por esta razón, siempre encontraremos una manera de estar cerca de los nuestros.

Hoy, seis meses después de la primera cuarentena obligatoria, muchos de nosotros hemos guardado grandes experiencias que más adelante, cuando todo esto pase, se las contaremos a los más pequeños, que quizás no lo recordarán, o tal vez serán el tema de conversación en los reencuentros durante los siguientes años. Dentro de estas encontraremos gratos recuerdos y algunos no tan agradables, pero que hacen parte de la historia completa.

Ejemplo de esas nuevas vivencias ha sido la celebración de acontecimientos familiares y sociales a través de la virtualidad, eventos que siempre eran la mejor excusa para encontrarnos en un restaurante, un centro comercial, un parque de diversiones,

---

<sup>7</sup> Directora CAT Medellín Uniclaretiana.

una finca u hostería, la casa de la mamá, entre innumerables lugares, y que ahora solo se cuenta con la posibilidad de celebrar mediados por una pantalla de un PC o un teléfono inteligente y todas las casas de los invitados.

Así mismo, nos hemos encontrado con otros momentos que son de tristeza, en los que habitualmente nos acompañamos y apoyamos de los más allegados y que por la pandemia nos ha tocado sobrellevar de una manera diferente. Casos de estos son las enfermedades, en las que no hemos podido visitar a nuestros seres queridos para demostrarles nuestro acompañamiento o, por el contrario, son ellos quienes no han podido estar con nosotros en ese difícil momento. Y, yendo más allá, está la muerte de un familiar o gran amigo, hecho que entristece profundamente a cualquier persona y en el que por ende se requiere de todo el apoyo posible; sin embargo, el Covid-19 ha hecho que un funeral se reduzca a media hora, con 10 personas para despedir al difunto, dejando así a muchos sin poder dar ese último adiós a quien partió.

Si nos trasladamos a los sitios de trabajo, no encontramos una realidad menos llena de cambios. Si bien es cierto que en la actualidad muchas organizaciones tienen una gran parte de sus empleados en el denominado teletrabajo y otras que no lo implementan lo estaban contemplando, la pandemia llegó para acelerar todo, haciendo así que el trabajo en casa, más que una opción, se convirtiera en una obligación y que muchos de sus detractores vieran en este la única opción para no cerrar sus empresas. Pero, no todos podían implementar el trabajo desde casa y fue por esto por lo que muchas empresas se vieron obligadas a cerrar temporalmente e incluso definitivamente o, para poderse sostener, tuvieron que despedir a varios de sus empleados.

También nos encontramos con la realidad de la educación, en la cual desde los jardines hasta las universidades tuvieron que tomar medidas de adaptación para continuar procesos educativos desde la virtualidad, los cuales en algunos planteles educativos han sido de gran éxito; pero, en otros no han sido tan

fructíferos, llevando así a la deserción escolar, que ha dejado a montones de niños y jóvenes fuera del sistema educativo, algunos por decisión propia o familiar, otros tantos por no contar con las herramientas necesarias para poder acceder a sus clases o actividades virtuales. Esta situación ha dejado nuevamente a la vista la gran brecha de desigualdad existente en nuestro país.

A partir de los escenarios anteriores, nos podemos permitir hacer dos análisis críticos. El primero con el objetivo de analizar el papel que nosotros hemos desempeñado en nuestras casas y lugares de trabajo para educar y educarnos respecto a la pandemia, cumpliendo así con las responsabilidades que permiten el autocuidado, la no propagación de la pandemia y una “nueva normalidad” llevadera. El otro análisis es más de autoevaluación, para mirar qué enseñanzas nos deja este año lleno de cambios y cómo es necesario aprender a encontrar la felicidad en las pequeñas cosas: un juego de parques con quienes vivimos, un concierto desde casa, una comida preparada por todos, hacer ejercicio en compañía de la pareja, los hijos, los padres, y así todas esas actividades que a veces no valoramos mucho; pero que son las que han salvado nuestra estabilidad psicológica.

Todos estos cambios tienen que dejar huella en todos nosotros, haciéndonos mejores personas, más humanas, más agradecidas con lo que la vida nos ha dado, más solidarias y menos indolentes ante las situaciones de nuestro prójimo. Tenemos que ser más analíticos y cumplir hoy más que nunca con la misión que como seres sociales tenemos, que es la de buscar nuestro bienestar y el de todos los que nos rodean, aprendiendo de esta manera a dejar atrás tantas enseñanzas de individualismo y egoísmo que culturalmente se han ido imponiendo en la sociedad.

# Autoras y autores

Los perfiles y fotografías que publicamos a continuación fueron suministrados para esta publicación por las autoras y los autores de los relatos.



## **Efraín Arturo Ferrer de la Torre**

Claretiano de tiempo completo y actual encargado del Sistema Editorial de Uniclaretiana. Cuenta con formación como Psicólogo en la Universidad de Antioquia y con estudios de Maestría en Teología en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, de El Salvador. Tiene experiencia en el campo de la ilustración y de la pintura artística y ha venido incursionando en el fascinante mundo de los repositorios digitales y de los procesos editoriales.



### **Milton Patiño Ocampo**

Soy Tutor hora catedra de Uniclaretiana. Disfruto de la literatura presentada en relatos cortos. Inspirado en una realidad que nos interpela, decido escribir sobre la vida en el campo, con las nuevas reflexiones sobre la crisis climática y nuestra relación con la naturaleza.

Para poner sobre el papel las ideas que dieron lugar al escrito presentado al concurso Relatos de Cuarentena, recibo la influencia de los doce años de vida en el Chocó y la formación recibida que agradezco a Uniclaretiana: las Especializaciones en Gerencia de Servicios Sociales, y en Métodos y Técnicas de Investigación en Ciencias Sociales, y la Maestría en Educación.



### **Ángela María Chica Bedoya**

Bibliotecóloga egresada de la Escuela Interamericana de Bibliotecología, EIBI, de la Universidad de Antioquia, donde actualmente es representante de los egresados ante del Comité de Extensión. También es Tecnóloga en Mercadotecnia, de ESCOLME (Escuela Colombiana de Mercadotecnia).

Su gestión profesional se dio en la Congregación de los Misioneros Claretianos y su Biblioteca Provincial, convirtiéndose en un referente bibliotecológico a nivel local y nacional, durante 25 años. También fue Corresponsal de la revista Vida Religiosa, en Colombia, durante 15 años; y gestora del Centro de Documentación Mamá-U.

Coordina actualmente el Comité Cultural de la Mesa de Bibliotecas de instituciones de educación superior en Antioquia; es Presidenta de ASEIBI (Asociación de Egresados de la Escuela Interamericana de Bibliotecología) y cofundadora de la Casa Museo Luis Alberto Álvarez, donde se preserva y difunde la memoria de este gran crítico de cine.



**Sandra Isabel Vega Knuth**

Abogada, Especialista en Derecho Minero y Petrolero, Especialista en Gerencia de Servicios Sociales y Magíster en Gobierno y Políticas Públicas. Apasionada por el trabajo comunitario y la cultura. Voluntaria de la Corporación Jóvenes Creadores del Chocó.



**Marjorie Andrea Muñoz Delgado**

¡Hola! Mi nombre es Marjorie. Nací en Florida-Valle del Cauca. Trabajo en la Uniclaretiana, en la Regional Pacífico Sur, en la ciudad de Cali. Enamorada de la vida: amo los animales, el olor de la lluvia, las montañas, el mar. Me encanta el café. ¡Creo en Dios sobre todo!



### **Carlos Andrés Flórez Rojas**

Nací y crecí en la ciudad de Bogotá. Estudié Psicología en la Universidad Konrad Lorenz, hasta que me gradué en el 2014. Luego, fui profesor de Ciencias Sociales en un colegio de Fontibón, donde comía Choco-Ramo acompañado de mis estudiantes, quienes jugaban mientras yo hacía la vigilancia en los descansos. En el 2016, fui a Medellín, donde comencé a vivir solo y a estudiar mis postgrados en Psicología Social. Dos años más tarde, llegaría a Quibdó para trabajar como docente universitario y aquí sigo aún, escribiendo mi historia personal y profesional.



### **Marcela Miladys Mejía Espinosa**

Nacida el 4 de octubre de 1990, en Medellín, Antioquia. Profesional en Administración de Empresas de la Universidad de Antioquia y Magister en Educación de la Universidad Católica de Oriente. A nivel profesional, apasionada por los temas educativos, en especial con poblaciones vulnerables. Tengo experiencias de trabajo con jóvenes rurales e indígenas del Departamento de Antioquia y en la actualidad estoy disfrutando hacer parte del proyecto de Uniclaretiana. En cuanto a lo personal, algo de lo que más disfruto es un buen paseo a caballo, una caminata por rutas rurales y leer un buen libro en un día lluvioso.

Quibdó-Chocó, Colombia, diciembre 2020



Uniclaletiana  
Fundación Universitaria Claretiana